

# LADRON

Me la robó el camino:  
con sus vueltas de serpiente  
se le enroscó en el ama  
—aún con huellas  
del primer rocío.

Se la tragó el aire del estío:  
su aliento en llama,  
calándole la piel con avaricia,  
le atenazó la sangre.

La distancia  
—como un remolino transparente  
la volvió diminuta  
—un punto casi.

Se rieron los árboles  
con las cosquillas del viento  
y los pájaros  
—improvisado coro—  
dieron el contrapunto  
acostumbrado.

De pronto comprendí que  
ni el camino,  
ni la distancia,  
ni el estío  
fueron.

El único ladrón  
de mi fortuna  
era yo mismo  
—oh, torpel!...

Y porque el llanto  
es una solución de corto vicio,  
brindé una carcajada  
a mi impericia  
y prometí a mi corazón  
días mejores.

José DEVESA

# “PORTUGAL, ENTRAÑABLE”

por Juan-Pedro VERA CAMACHO



CABO de regresar de mi tercer viaje a Portugal. Durante él llevé en mis manos un libro de poemas, “Cancionero de Sagres”, del que es autor el poeta barciano Antonio Pereira. En una entradilla de dicho libro, se lee: “A paz de Deus para todos os homens, para campos e casals adormecidos, e para a terra formosa de Portugal, tão cheia de graça”...

Pereira es, como yo, un enamorado del vecino país, tal vez porque él es berciano y yo viví nueve años en Galicia, y ambos conocemos el idioma portugués. Que por el diálogo se llega prontamente al amor. Ya el escritor Enrique Segura, me dijo una vez que “los españoles teníamos mucho que aprender de los portugueses”. Él, muy visitador de Figueira da Foz y biógrafo de Eça de Queiroz, también conocía bien a nuestros vecinos. Cierta es la frase, que he podido constatar en este último viaje.

Porque el encanto de Portugal no radica en enjuiciarlo como una sociedad de consumo, sino como un pueblo trascendente anclado en la austeridad de un pasado glorioso, en la quietud de una vida más o menos contemplativa y en una manera de hacer que, incluso con las dificultades provenientes del momento histórico que vive, sabe estar en su sitio, amar sus cosas y mantener una tradición que se nota cuando se cruza la calle camino de cualquier parte.

Esta permanente vitalidad espiritual portuguesa está muy bien reflejada en el citado libro de Pereira cuando escribe: “¡Qué bien huele a Portugal!./Para pasar la frontera/ por el aroma me guío./ Y nadie podrá decirme,/ nadie/, que voy perdido/...”

Y en otra página se expresa así el vate leonés: “Los poetas nacen en feligresías apartadas,/ de concejos con nombre de lluvia cayendo/. En ciudades como Castelo Branco/ o Vila Real, como Viseu/ o Bragan-